

TIPOS HUMANOS Y HUMANISMO

MAEZTU Y AMERICA

EL humanismo es una concepción antropológica que mide en torno a una órbita de valores especiales cuanto la criatura humana puede hacer y sentir, expresar y pensar. El humanismo es preocupación del hombre por las cosas del mismo hombre, lo que, en cierto sentido, supone una revisión de las posibilidades humanas. Ahora bien, dentro de este tronco común que hemos denominado humanismo hay tres diversas especies: el cristiano, el del orgullo y el materialista.

Ramiro de Maestu se detiene en el análisis del hombre cristiano. Los valores hispánicos están cardinados por esta concepción. Las naciones ibéricas que poblaron las tierras de la América meridional no tuvieron inconveniente en reconocer el supuesto teológico de que los hombres son iguales entre sí. Transmitieron, así, lo mejor de su fe y de su forma de vida a los hombres de raza melancólica. Tales virtudes—que son las nuestras—las encontramos en las latitudes americanas. España y Portugal dieron lo que eran: sus nobles sentimientos y sus inevitables defectos. En el nordeste del Brasil encontramos un tipo humano pobre y sufrido. Dice Euclides da Cunha que el sertanejo nada teme, lo recibe todo según los caprichos del clima. La lluvia en aquellas latitudes es escasa. Su alma resume el clima, mordaz y cruel al mediodía, placentero en el crepúsculo. A esta hora, el hombre del Sertao recuerda días de fiesta y de cacería en el mato, juega con el violón la tristeza afroindia. El pragmatismo del nordestino está cortado por estelas de paciencia y resignación. Hace tratos con los americanos sobre partidas de agave y algodón y usa sus instrumentos técnicos con una sabiduría alerta y experimentada. Decía da Cunha que el nordestino es una criatura noble que necesita redención.

Al Sur, entre Sao Paulo y Porto Alegre, nos encontramos con otro tipo humano. Es el gaucho, caballero morisco, descendiente de los indios de las Misiones. Hecho a un clima, donde la vida se desenvuelve más favorablemente que en el Norte, ha hecho acopio de energías y las emplea en la brega campesina y en la crianza del ganado. Aunque vive con buenas comodidades y ostenta su riqueza en el lujo de sus arses—semejantes a los del campero andaluz—, no se ha materializado. Es patriota y generoso, y sus diversiones son harto infantiles. La tierra que le rodea es un vergel de llanuras y ríos; son las tierras misioneras que vieron cruzar a los tropeles caballares que importaron los guardianes de los Siete Pueblos.

Sobrepasando la cordillera, entre picachos y ríos estremecidos, llegamos a Chile. En el barranco que desde el Aconcagua se extiende hacia el Pacífico está Valparaíso. Cuando uno llega allí sobrecoje el silencio de sus calles y la ensimismada manera de sus gentes. Pueblo éste de distinción humana, combativo e indolente, engreído y servicial. El chileno está absorto por lo que ocurre en Europa. Pero hay otro tipo allá a quien todo esto le tiene francamente sin cuidado. Este tipo humano es una extraña mezcla de coraje y resignación. Vive una vida de argonauta, entre la pesca y la aventura terrestre, y los puertos del Pacífico conocen su

inteligencia. La naturaleza no ha sido generosa con él, tampoco parco. Ha hecho de sus hábitos una extraña mezcla de orgía y estoicismo. Se ha servido de los dos resortes con los que el alma chilena está forjada; con el orgullo español y la soledad autóctona. Nada le abdicó de sí mismo, vagabundea para librarse de la presión del mundo social. Es espontáneo y sus alimentos preferidos son las humitas de maíz y la palta, que deja pastosa la boca y nutrida la sangre.

En estos tipos humanos encontramos—casi sublimados—, ya que la presión social es muy otra que en nuestras tierras, unos valores que no pueden dejarse de admitir como propios, aunque sean distintas las sonoridades del idioma y diferentes los acentos del mar y de la tierra.

Maestu señaló también con acierto certero al humanismo del orgullo. Propio éste de los pueblos anglosajones y cuya concepción religiosa de la vida parece resumirse: aquel hombre a quien sonría la fortuna y el éxito podrá contarse entre los elegidos. El anglosajón vio en sus triunfos económicos y políticos una prueba evidente de que había sido destinado a regir y a mandar.

En cierto país de la América nórdica, allá donde la naturaleza no se hace impresionista como en el Sur, donde la soledad ambiente es tan fuerte que elimina todo goce interior, he pensado en esta triple división de D. Ramiro, y me ha sorprendido su certera visión.

El diálogo fácil está ausente de nuestro entorno. La pulcritud ha sustituido los alimentos improvisados que nos ofrece la vida. Nuestra cultura latina, producto del ágora, se ha embutido allí en unos moldes perfectos que son tan prácticos como esas tiendas y esos edificios.

El otro humanismo de que habló Maestu es el materialista. Cerca de la frontera austriaca he podido apreciar esta forma de vida: triste, fatalista y agresiva. Anclado, por las circunstancias históricas,

en aquellas regiones, el marxismo se ha servido del hombre como materia de experimentación. Un profundo vacío daña allí al alma. Una atmósfera de ideas fuerzas—falaces—preside la vida social. Un eslavismo redentorista pretende vencer lo imposible y poner alas en la misma nada. Este contraste, mesiánico, nihilista, ahoga el alma y nuestra sensibilidad.

Estos tres humanismos han generado tres sociedades distintas. ¿El presente y el futuro preparan la colisión entre estas formas de vida? ¿De dónde partirá la fórmula para el próximo porvenir?

Pienso con el mismo entusiasmo, ahora aquí, en Canadá, como allá en Madrid en el Seminario de Prelogia, como en aquella dorada tarde de Apipucos, oyendo a Gilberto Freyre. Ese entusiasmo arranca profundo y quiere unir dos nombres: Maestu y América.

José CORDOBA TRUJILLANO

